

Andrés Lomeña
Podio

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía: © iStock/Getty Images (Peopleimages)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Andrés Lomeña Cantos, 2022
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-921-6
Depósito legal: M. 15.373-2022
Printed in Spain

Para los velocistas
Ian McEwan (oro),
Amélie Nothomb (plata)
y David Vann (bronce)

*Batir réconds es cosa del deporte,
no de la literatura.*

ELEANOR CATTON

Calentamiento

El entrenador jamás te aplaudirá por llegar la cuarta. La gloria nunca rebasa el podio: oro, plata y bronce. Más allá solo hay medallas de cobre o chocolate, baratijas, consuelo para los inconsolables. Para los padres de Lourdes, la elevada exigencia de su hija merece el premio al mérito deportivo, una condecoración imaginaria devaluada por la ansiedad previa a la competición. El campeonato nacional se le resiste a una chica que apenas disfruta de su hegemonía en el autonómico. Una angustia desaforada le martilla el cerebro y sufre sudores, temblores, vómitos y mareos intermitentes. La prueba de repesca de cien metros mariposa se disputa con dos calles vacías. Lourdes se enfrenta al eco acuático de sus demonios interiores desde la calle cuatro. Al subirte a la plataforma de salida de la calle seis, tu primera gran rival empequeñece y te apoderas de la piscina con tu ondina mirada, aunque los ojos no reflejan el alma con gafas de natación suecas.

La señal de salida rasga el silencio contenido en la piscina María Peláez. El salto inicial honra a los espíritus insaciables y

lastra a quienes se lanzan al agua con hambre moderada. Tu gorro Arena de color fucsia tarda en salir de las profundidades. El aleteo subacuático no te aventaja, pero aligerará el sobreesfuerzo final. Lourdes empieza los primeros veinticinco metros a un ritmo inusitado, sin querer dejarse nada para el último largo. Su gorro Speedo de color negro se oculta y reaparece como un titilante lucero nocturno. Su primer viraje es torpe y desesperado. El tuyo sirve para recortar distancias. Ocupas la quinta posición, la penúltima de la serie, la segunda en morder el polvo de H₂O.

Despliegas todo el potencial de la mariposa: brazos más ligeros, patada más contundente, recobro majestuoso. En el tercer largo alcanzas a Lourdes. A ella solo le responden los brazos. Su cintura no se arquea con elegancia, mientras que su batida de pies intenta compensar un estilo cada vez más plúmbeo. Las demás nadadoras espuman la piscina desde ultramar: el último viraje te deja ver a las rivales en sus denodados esfuerzos por alcanzarte. Lourdes comete un error de principiante: respira lateralmente para contemplar tu *sorpasso*, el imposible adelantamiento de la estrella naciente. Atenazada por la presión, se desfonda en el tramo final. Ganas, te clasificas, brillas y eclipsas. La supernova de Lourdes se queda, como en otras ocasiones, a dos décimas de lograr la mínima; al ver la marca en el reloj del estadio, evita mirar hacia las gradas. Los oídos le retumban por la reverberación del fracaso consumado. Las lágrimas de impotencia se pierden en el agua. Aún no sabe que sus padres le prohibirán volver a nadar ni que terminará aceptando aquella decisión como la única manera de no seguir fallándose a sí misma. Lourdes ha cumplido catorce años y su retirada prematura te servirá de admonición, y en menor grado a tu hermana Tania, la siguiente baliza de tu travesía existencial.

Aunque el destino te lo impida, anhelas estar a la altura de Alexandr Popov, el Zar. Y a la de Federica Pellegrini, la amazona, y también la musa. Paula Sen, musa, amazona y titánide: he ahí tu fuerza cósmica arremolinada entre gotas de agua clorada. Tania Sen, hermana mayor, testigo privilegiado y próxima sacrificada de una leyenda en ciernes.

Nadie se atreve a decirte que nunca te aplaudirán por llegar la segunda, como al parecer hizo el padre del legendario Mark Spitz, y tu entrenador dulcifica la implacable sentencia para tolerar el segundo y el tercer puestos de la clasificación general. Te lo repite de tantas maneras que no puede tratarse de una broma: jamás te aplaudirá por llegar la cuarta. El bronce es irrelevante para asaltar los cielos; la plata, insuficiente, y el oro no te blindo contra el olvido, tan solo ensarta uno de los cinco anillos que conducen hacia el empíreo olímpico. Los cuatro primeros anillos se enhebran con la misma facilidad con la que un pez pasa por el ojo de una aguja; el quinto contiene un agujero blanco, el reverso del agujero negro, una región del espacio donde no se puede permanecer indefinidamente. Amén: la inmortalidad deportiva tiene fecha de caducidad.

Como Spitz, odias perder mucho más de lo que te gusta ganar. Aunque evitas los lugares comunes de la superación personal, sueles entrenar de un modo muy cercano a la mortificación. Te secas, te cambias de bañador y esperas a la última serie en la que estás inscrita. Tienes poco más de veinte minutos para descansar y reponerte. El desgaste es tal que intentas dar una cabezada en el vestuario. En la duermevela sobrevenida tienes un sueño recurrente: nadas de forma suave por el aire, te impulsas en las paredes de los edificios y das brazadas en el éter.

El interregno onírico no cesa con el dolor punzante de las agujetas. Tania se asoma al vestuario. Preocupada por tu extravagante recuperación, te insufla ánimo mientras acaricia tus mejillas. Desenreda con sus dedos tus mechas rubias y las peina hacia atrás. La miras con ternura sororal y te incorporas. Ambas sobrelleváis los pinchazos en piernas y brazos; la fatiga en forma de ácido láctico os agujijonea con estimulante crueldad. Eloy siempre relativiza vuestro cansancio y os compara, a modo de alabanza, con la asceta de Badalona o con Duane antes de que esta última, como tantas otras nadadoras, se cansara de asumir un sacrificio tan solitario. También le pasó al francés Florent Manaudou después de derrotar al campeón brasileño César Cielo. Presa del hastío, Manaudou cambió el crol por el balonmano, es decir, su portentoso estilo libre por una forma coral de resignación.

Tania ha subido al podio antes que tú, pero tú llegarás más veces, y también ascenderás más alto. Tu hermana se co-dea con Mireia, la veterana de Manresa, mientras tú fantaseas con las atletas que han entrado en la historia reciente de las náyades: la incombustible Katie Ledecky o la crolista afroamericana Simone Manuel. Todavía no te has decantado por ningún estilo y ya sumerges tu imaginación en un descomunal tanque de hipotéticas proezas; después de todo, las gestas son incompatibles con la falsa modestia.

Tus padres siempre te aplaudirán por llegar en cuarta posición, aunque descubres, entre el horror y la jactancia, que su amor inconmensurable solo aporta una parte ínfima del reconocimiento que ansías. La imaginaria medalla de cobre es la presea del primer olvidado en el maremágnum de una final. El podio es tu único Edén, y quedarse fuera de la plataforma, tu pandemónium.

Respiras hondo. Sales a ganar otra vez. Nadie se atreverá
a vetarte la entrada en aguas celestiales.

Serás recordada. Perdurarás.

Paula Sen, prólogo a una sirena.

Si la escoliosis de Tania no mejora, su espalda adoptará una forma tan imposible como la escalera de Penrose. Durante los primeros años te muestras reacia a acompañarla. Chapoteas en tu primera piscina corta con muy poco entusiasmo; presumes de un estilo grácil, sin dar tortazos al agua ni crear una bañera de espuma, pero te falta sentir euforia, acercarte a la disciplina como una asíntota hacia la perfección. El monitor, Marcos Rúa, presiona a Nerea y Eloy para que te inscriban en el club de natación. Tus padres aceptan sin saber que terminarás entrenando por la mañana, antes del instituto, y por la tarde, para completar sesiones de siete u ocho mil metros diarios. Nerea solo os pide el compromiso de aguantar hasta final de temporada: nada de abandonar a mitad de camino. Los desafíos deportivos requieren, antes que nada, lealtad a la palabra dada; cumples catorce años y el pacto de la natación, en principio, no incluye ninguna cláusula leonina. Craso error.

Los entreactos de las pruebas se te hacen muy largos. Destronar a Lourdes te sabe a poco. Rememoras a Adam Peaty parando el crono en algo más de cincuenta y siete segundos en cien metros braza. En categoría femenina, la rusa Efimova domina a placer en ausencia de su máxima rival estadounidense. Sus declaraciones, tras ser vilipendiada por las sospechas de dopaje, te conmueven: «Pensé que la Guerra Fría era algo pasado. ¿Por qué revivirla con el deporte?». Buscas en el jardín de la elocuencia una frase igual de impactante, mas solo hallas palabras fatuas. A Eloy le divierte cómo la prensa deportiva convierte la desazón y la culpa en una contienda épica. Te alecciona con esa clase de anécdotas, pero todavía no sabes cómo alcanzar el glamur o el descaro de Efimova. Es más, las marcas de Tania, insuficientes para los campeonatos de Europa, aún se te escapan. Ahí empieza tu guerra civil.

Compensas tu falta de fuerza con técnica. La potencia llegará con el estirón y las sesiones en el gimnasio. Hasta entonces puedes presumir de un estilo sofisticado; lo que pierdes en los virajes lo recuperas con el deslizamiento. Logras una ejecución casi virtuosa en todos los estilos, pero en mariposa se nota más la dedicación. No se trata tanto de encontrar el estilo perfecto como de evitar aquel que te haga vulnerable.

Eloy se burla de tu braza y te llama «renacuajo». La primera vez sonríes para corresponder al sarcasmo de tu padre. La segunda vez actúas. El entrenador consiente que dediques más tiempo a tu estilo más inarmónico y rápidamente acortas las diferencias con tus compañeras. Desbancarlas de manera definitiva serviría para auspiciar un segundo diagnóstico de tu grandeza: lo insólito requiere más atención y un cuidado excepcional.

Tu regia mejora casi reclama una calle de la piscina para ti sola, como si tu nombre fuera un renglón aparte en la gran novela de la natación.

El ascenso de Paula Sen, capítulo 1.

Una extraña voz narra tu vida en segunda persona. Esa cadencia singular te habla como un amigo invisible que te anima y te aflige; un murmullo que no cesa te impele a luchar contra ti misma, a trascenderte, a aniquilarte por mor del deporte. A la mayoría de las promesas les inculcan una esperanza privada, un resquicio de ilusión más dirigido a las familias de las nadadoras que a las deportistas. Tú ya no eres una promesa. No eres posibilidad, sino acto puro. Y Tania es un pez piloto a punto de verse sobrepasada por tu ciega voluntad.

Entretanto, buceas en la corriente de la conciencia, una emanación primordial que por fortuna no llega a derramarse fuera de tu ser. Ganar, o más bien no perder, se fragua en silencio como tu único *leitmotiv*, el cual te otorga una actitud vital gélida, si no insondable. Batir récords despunta en tu aurora de expectativas sin que la conveniente prudencia sea capaz de disiparlas. Cuando desfallece la confianza, la constancia acude en tu auxilio. Entre tus pecados capitales no

está la arrogancia, sino la impaciencia, que busca la fuente de la eterna precocidad. Llegas tarde a las grandes citas.

Va a empezar la prueba de cien metros espalda. Tu hermana se prepara para su primera y última demostración de fuerza del día.

—Tania, tienes que perdonarme si gano.

—¿Si ganas o si me ganas? —Tu hermana bromea, porque se siente en la obligación de suplir tu escasa comicidad.

—Si gano.

—Me enfadaré si me ganas y no quedas la primera. —Tania consigue que esboces una sonrisa—. Aguanta mis primeros cincuenta y luego que tire quien pueda.

—Gracias, hermanita.

—Soy tu hermana mayor.

—Suerte, Tania.

—Suerte, hermanita.

Aprietas la mandíbula y vuelves a engastar tu cabeza en el gorro de silicona. Aguardas en la zona de espera con Tania. Las nadadoras van llegando a ese purgatorio terrenal. Todas conocen a tu hermana. Han competido contra ella y saben que es tan capaz de ejercer su dominio como de extraviarse; su rendimiento es irregular debido a su impredecible estado de ánimo, y aunque ha perdido el aura de espaldista imbatible, conserva la incandescencia de una trayectoria errática. La aparente quietud de tu estrella polar ya no ofrece garantías y el factor sorpresa juega a tu favor.

Os llaman una a una y te asignan la calle dos. Inspiras con fuerza. Cierras los ojos y sientes tu respiración: atención plena, apego feroz a la victoria, modulación del estrés. Oyes el primer silbido. Saltas, te zambulles hasta tocar el fondo de la piscina con los pies y sales con ímpetu. Colocas tus manos

en los agarraderos de la plataforma de salida y evitas mirar hacia los lados. Segundo silbido. Músculos contraídos, torsos alineados y entonces oyes la señal de salida.

Las turbinas de tus pies entran en funcionamiento. Tus hombros intentan marcar el compás de las impetuosas aspas de tu hélice. Las violentas paladas de los brazos rompen la hidrodinámica. Marcos te ha regañado innumerables veces por ese destartado frenesí, impropio en la alta competición... y pese a todo lo mantienes, incluso lo aceleras con una rabia que surge por generación espontánea. En el viraje te haces una composición de lugar. Tania ha roto la carrera, como insinuó. La sigues a duras penas. En el segundo largo, tu cuerpo reacciona y das brío a la máquina, cada vez más engrasada. El aumento de frecuencia roza lo grotesco. Pasas a Tania, obvias su ofrecimiento de servir de liebre acuática durante los primeros cincuenta.

Oyes los gritos de Tatiana, Estela y otras compañeras del club, que no dan crédito al desarrollo de la prueba. Todas te animan por tu electrizante temeridad: ¡Va, Paula! Los ecos nutren tu apocado narcisismo. ¡Va, Paula! Tania queda rezagada. Ya no puedes ceder la primera plaza. Se lo has prometido. Mientes: solo lo has prometido para tus adentros. El cuarto largo se le atraganta a Tania. Pierde la referencia de la espadista que nada a su derecha. Se hunde. Ninguna aguanta el delirio de tu desenfreno. Golpeas la pared y el crono se para por debajo de la mínima nacional. El público de la piscina María Peláez te ovaciona. Te quitas el gorro fucsia y las gafas. Pasas por encima de dos corcheras para abrazar a Tania. Ella te pregunta por cortesía:

—¿Marca?

—Aún no me lo creo.

—¿Has logrado la mínima?

—La tengo. —La alegría sincera de Tania se disuelve en su secreta desolación.

Tania te besa en la frente. Sales del agua y ella te sigue. Marcos hace un gesto de desaprobación. Te has reído de tu propia progresión natural al ampliar el margen de mejora de forma tan obscena. Vuestro entrenador se acerca a Tania y le reprocha su debate en voz alta. Esperas, triunfal, a que tu hermana se aleje porque no quieres ensombrecer aún más su participación. Marcos medita sus palabras mientras te aproximas a él. Debería rendirte pleitesía, o eso deseas de tu consejero áulico.

—Este lucimiento me demuestra cuánto te regalas en los entrenos. —Confundida primero, contrariada después, te retiras cabizbaja sin terminar de escuchar su monserga—. Me faltas al respeto...

Vas a abrazar a tus padres. Ellos contienen su entusiasmo por deferencia a Tania. Ella se va al vestuario a cambiarse y entonces Nerea te besa con algo más de efusividad.

—Ve a cambiarte y anima a tu hermana. Ha quedado cuarta.

Has defenestrado a Tania del bronce. Siempre la aplaudirás por llegar la quinta, la sexta, la séptima o la última de la serie. El aplauso, empero, emociona cuando nace de la admiración y desgarras cuando se usa como una forma calculada de conmiseración.

Te apena la decepción que corroe a Tania y a la vez te causa regocijo tu fulgurante despegue.

El declive de Tania Sen, capítulo 2.